

mero de nuestros habitantes por el número de nuestras escuelas; me explico que la importancia de nuestra red ferrocarrilera, se aprecie dividiendo nuestros kilómetros de superficie por nuestros kilómetros de vía férrea;... pero no me explico que se quiera luchar con relaciones en un terreno donde no se vence sino con absolutos!

Si dividimos el total de nuestra población por la cifra de nuestros soldados, quizás resulte que «en relación», nuestro poderío militar es superior al de Alemania; si dividimos, igualmente, la cifra de nuestros habitantes por el tonelaje de nuestra escuadra,... quizás resulte que nuestro poder naval es superior al de Inglaterra! Siguiendo así, siempre proporcionalmente, siempre «en relación» con algo, sería fácil demostrar que constituimos el primer país del mundo! Y esa grandeza de nuestra pequeñez es nuestro consuelo, nuestra felicidad y nuestro orgullo!

Esa malhadada relación, que nos complacemos en deducir de todo y en introducir en todo, eso es lo que corta las alas de nuestro esfuerzo y nos impide volar hacia la grandiosidad soñada. Cuando se trata de hacer algo, cuando se proyecta una obra pública, un edificio, un paseo,... el primer concepto creador lo traza vasto, amplio, colosal! Pero salta, luego, la idea de nuestra pequeñez, y su feroz tijera corta y recorta a la idea madre. Y no para de cortar hasta convertir en una insignificancia lo que debió ser una espléndida grandeza!

— «Para qué queremos una cosa tan grande!»... He aquí la fórmula maldita que nos aplasta y nos condena a la chatura! En el fondo, es a ese raquí-tico criterio a quien debe culparse de todas nuestras miniaturas, de todos nuestros paseos estrechos, de todas nuestras calles con nombres de avenidas, de todas nuestras casas con nombres de palacios!

Si queremos ser grandes, debemos empezar por olvidar que somos pequeños. No limitemos al impulso de nuestros instintos, ni la concepción de nuestros deseos, con esa idea de pequeñez clavada eternamente en el espíritu. Olvidemos la relación. No nos dejemos alucinar por su falsa gloria. Busquemos lo absoluto, porque es con absolutos que se obtienen los verdaderos triunfos de la vida. Dejemos las platónicas victorias de los cuocientes y emprendamos la lucha viril de los dividendos!

La intelectualidad de un país, la hermosura de una ciudad, la amplitud de un edificio, el poder de un ejército o de una escuadra tienen que ser absolutos, abrumadores, brutales absolutos que se impongan, que resistan y que triunfen. Si no son así, no valen nada!

Esa formidable potencia, que la proporcionalidad concede a los chicos, es semejante al risueño raciocinio de los sabios que, estudiando, por ejemplo, la musculatura de la langosta, se admiran de su potencia extraordinaria y os dicen «que «en relación», el vil acridio es quinientas veces más fuerte que un elefante, pues, si los músculos de éste tuvieran la potencia de los músculos de la langosta, el elefante podría saltar hasta quinientos metros de altura». Figuráos!... Suponed, ahora, a una pobre langosta, enterada de esa prodigiosa relación y sumergida en un capitoso sueño de grandeza, repitiendo a cada instante: «Soy quinientas veces más fuerte que un elefante!...» Y en medio de esas frases, repetidas cada vez con más orgullo, suponed una pata de elefante, una pata negra y maciza, que cae sobre la langosta!... No queda debajo más que el residuo de una grandeza, aniquilada por una fuerza quinientas veces menor... «en relación!»

Del libro *Colección de Artículos*, de Leopoldo Thévenin, notable periodista uruguayo, desconocido entre nosotros.—De venta en la librería LECTURA BARATA.

MUSEUM hermosa revista mensual de arte español